

Rufino Acosta Naranjo

Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa

(Badajoz, Diputación de Badajoz, Colección Raíces, 2002)

El *campo*, el campesinado, la sociedad rural, el espacio rural, la agricultura, el sector agrario... constituyen sujetos y objetos de una atención con un núcleo común, pero que se polariza en una u otra de esas manifestaciones de acuerdo con una perspectiva orientada por concretas motivaciones profesionales o ideológicas. Personalmente he escogido, o mejor preferido, partir del «*campo*» para discurrir hacia algunos de los fenómenos sociales y económicos con él relacionados. Ha sido una opción que me ha parecido «operativa» en cuanto el *campo* como «tipo ideal», ha ocupado el extremo de una oposición dialéctica que sitúa el otro extremo en la *ciudad*. El *campo* es un espacio físico y un conjunto de actividades económicas desarrolladas en él, como así sus formas de ocupación, utilización y gestión. Pero igualmente el *campo* se refiere a sus habitantes, incluyendo sus formas de vida, organización y trabajo.

De acuerdo con este pluridireccional enfoque, Acosta Naranjo trata en realidad socioeconómicamente el espacio agrario y sus dependientes, influyentes e influencias. El componente simbólico gravita también a lo largo y ancho —que ambas cualidades posee este libro de 640 pági-

nas— de este trabajo. Los objetivos declarados por el autor aparecen compuestos por un elogio a la *diversidad* y una defensa de la *agroecología*, pero entre estos parámetros aparece una apretada panoplia de temas que completa los diversos enfoques relacionados con lo que antes yo he designado como *campo*.

«La diversidad es un valor en sí —nos dice Acosta— por lo que supone de manifestación peculiar de un pueblo y es una garantía de futuro, de evolución divergente o paralela que permite disfrutar opciones para tiempos venideros y por ello es necesario defenderla y mirar hacia las raíces de los pueblos y de sus formas de vida y del manejo del medio al que sabiamente se adaptaron».

En cuanto a la *agroecología* continúa las líneas seguidas por Eduardo Sevilla Guzmán o González de Molina, entre otros muchos que han descrito y defendido esta orientación, a la vez técnica e ideológica. Ha sido considerada como el estudio de los agrosistemas desde la perspectiva de su coevolución biótica y social y teniendo en cuenta sus dimensiones biológica, agronómica, económica, histórica y antropológica. Utiliza el autor la *agroecología* como concepto teórico y a la vez enfoca metodológicamente la investigación de acuerdo con el instrumental conceptual aportado por los partidarios de esta opción de desarrollo agrario más próximos a las ciencias sociales.

La dehesa, y concretamente la extremeña —casi la mitad de la superficie de Extremadura¹—, le

¹ Su «mancha» se extiende por tierras de Andalucía, buena parte de la raya de Portugal, a uno y otro lado de la frontera, y ambas vertientes del Sistema Central, por Castilla-La Mancha, contornea Madrid defendiéndose de las agresiones de urbanizaciones de alto *standing* como Montepríncipe, Soto de Viñuelas, La Moraleja, etc., y ocupa nada menos que El Pardo, la Casa de Campo y, antaño, la Dehesa de la Villa.

sirve para extrapolar su defensa de la agroecología y, por consiguiente, de la diversidad. Concibe a la dehesa en su componente de universo simbólico, sistema de relaciones y sistema económico. Califica a la dehesa tradicional, por su elaborada trama de usos y procesos de trabajo, como obra de «ingeniería cultural».

Evidentemente, las pretensiones de este trabajo trascienden más allá de la descripción o el análisis etnológico para llegar a extrapolar ideas y conclusiones de validez más general. Se trata de un método empleado principalmente por los antropólogos pero que no queda circunscrito a los profesionales de esa disciplina. Una obra memorable en muchos aspectos —entre otros, su carácter pionero en estudios sobre el espacio socioeconómico rural—, la de Martínez Aler *La estabilidad del latifundismo*, de modo similar y con parecidas intenciones, deducía de la realidad estudiada de la campiña cordobesa conclusiones generales respecto a consecuencias sociales de las formas de tenencia de la tierra dominantes en buena parte de España, y sobre todo en Andalucía.

Este «entramado» no sólo está situado en un espacio determinado, sino también en un concreto marco temporal que corresponde a una época capaz de ser considerada como de apogeo de la dehesa: cuando el régimen latifundista se contaba entre los privilegios que consolidaba y otorgaba el régimen que Pérez Yruela

designó como «despotismo moderado» y, por otro lado, se beneficiaba las fases iniciales del despegue económico que facilitaron tecnologías, mejoras en infraestructuras y apertura de mercados. El encuadre en ese eje de coordenadas le asigna, como valor añadido, un carácter sociohistórico. No obstante, aun cuando se manifieste la interpretación histórica, no es un libro de carácter histórico, ni tan siquiera etnohistórico.

No es un relato al modo acostumbrado por muchos antropólogos sociales, aun cuando emplee técnicas muy usuales en esa perspectiva de las ciencias sociales o porque la parte dedicada a «saberes y rituales» resulte descollante en muchos aspectos, en particular las páginas dedicadas al conocimiento local y el saber campesino. Es una obra con una gran carga sociológica y con apoyatura bibliográfica procedente del campo de la sociología. Lógicamente, economía, agrología y ecología constituyen piezas sustanciales de todo su armazón teórico.

Por otro lado, una de las facetas más destacables de este libro es que, a pesar de su voluminosa entidad, resulta de una amenidad no reñida con la profundidad de sus observaciones, críticas y propuestas. Está magníficamente escrito, cualidad que sabemos no es muy habitual, sin omitir un léxico técnico cuando es necesario, así como expresiones puramente extremeñas² o testimoniales localismos³.

² Al cerdo, rey, o más bien regente, de la dehesa, lo designa siempre como cochino o guarro.

³ Sí se echa en falta un glosario.

No puedo calificar a *Los entramados de la diversidad* como el mejor libro en temas de *campo* de los últimos tiempos, porque tal apreciación pecaría de subjetiva y porque, evidentemente, no conozco todo lo publicado en esa materia. Pero sí puedo asegurar que es uno de los mejores y, en lo que a mí respecta, de los que más me han impactado, por supuesto, dentro de esa temática. Estas apreciaciones no son óbice para que me muestre en desacuerdo sobre aspectos sustanciales del libro.

Hasta llegar a las páginas finales parece como si se mitificara a la dehesa. No cabe duda de su alto valor ambiental como ecosistema. Pero la dehesa de la que nos habla Acosta Naranjo es, en cuanto a ámbito de relaciones sociales —como señala Eduardo Sevilla en cita recogida y reconocida en su fondo por el autor—, «(un sistema) socialmente desequilibrado e injusto y resultó posible gracias a la existencia de un sistema de poder local, el latifundismo sustentado por un marco político global». El libro recoge un auténtico repertorio de miserias, in-

justicias, tensiones, explotaciones y hasta crueldades⁴ originadas y conservadas en el caldo de cultivo del sistema socioeconómico que cobijaba a la dehesa que nos describe Rufino Acosta.

En cuanto a la exaltación de la agroecología, entre cuyos partidarios me encuentro, hay que considerar su dificultad, o quizás inviabilidad, en el marco de un sistema económico como el que tenemos basado en el crecimiento y el consumo, que es, además, un valor social y una expectativa casi universal. Que este modelo debe cambiarse y que a largo plazo todo nos indica la imposibilidad de conservar los paradigmas que lo configuran es otra cuestión. Lo mismo va a suceder si no corregimos «el desquiciado rumbo por el que vamos conduciendo a un planeta que quizás un día no sea habitable por nuestra especie», como concluye Acosta Naranjo.

Juan MAESTRE ALFONSO

⁴ Algunas relativas al «cochino» son capaces de causar aversión a la ingesta del sublime «pata negra».